AÑO III. MADRID, NOVIEMBRE DE 1923. NÚM. 25.

HESPERIA

REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

DIRECTOR-PROPIETARIO: Dr. MARIO ROSO DE LUNA Y BOVER

ADMINISTRADORA: Srta. SARA ROSO DE LUNA Y ROMÁN

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: **CALLE DEL BUEN SUCESO, 18 duplicado.**

Precio de suscripción anual: España, **10** pesetas; Extranjero, **12** o **2 1/2** dólares.
Número suelto: **Una** peseta. Corresponsales: 25 por 100.

LA PARÁBOLA DEL DESTERRADO

Setenta veces labré mi tierra con rudas manos;
setenta veces plaga maligna comió mis granos;
un viento impío barrió mi casa, sopló mi lar.
Todas las cosas que yo quería ¡todas las cosas!
fuéronme hostiles, fuéronme duras... y con premiosas
ansias me echaron, hoscas y fieras, de mi lugar...

Vagué perdido por muchas rutas, por muchos años;
como los tristes, llevaba alforja de desengaños.
Débil y ocioso, me puse a errar...
Luego me dije: soy un poeta; mi vino escancio
en las posadas indiferentes de mi cansancio,
frente a la tarde que ya no tiene nada que dar.

Mas una hora sentí el cariño de lo que es ido;
ya sin molinos, ya sin ensueños, como un vencido,
torné a mi lar,
con el olvido que me brindaron tierras lejanas,
fiero de rostro, sabio de penas, santo de canas...
y hallé a la Vida que me decía serenamente:
¡Vuelve a empezar!

CARLOS WYLD OSPINA.

La imprenta del Sr. Giménez se ha visto imposibilitada de darnos a tiempo el correspondiente pliego de «Por el reino de Maya» que solemos repartir suelto.—*N. de la R.*

"MANZANAS DE ORO"

Sobre el Ocultismo.—La gran fase científica de las doctrinas espiritualistas, sobre todo del Ocultismo, suele ser la más atractiva para las gentes. De esa tendencia popular hacia el fenómeno trascendente, hacia la parte maravillosa e hiperfísica del Ocultismo, han derivado grandes males y no pocos errores. El hombre vulgar—no nos cansaremos de repetirlo—no está ni estará jamás capacitado para practicar las ciencias ocultas. Una severísima y larga iniciación es indispensable. Sólo la depuración interna del individuo, que lo lleva a las cimas de la pureza integral de sus cuerpos y de la perfecta armonía de sus potencias internas, aleja el peligro de quedar destrozado por el torbellino de las fuerzas ocultas de la Naturaleza.

Entre los teósofos, muy pocos están autorizados para penetrar en el Ocultismo práctico trascendental. Entre los espiritistas, no está lejano el día en que ocurra lo mismo. Una dolorosísima experiencia nos hará a todos ser más cuerdos y más razonables. La misma ciencia oficial, sólo con gran tiento se aventura por las tortuosas galerías de lo que se ha dado en llamar la metapsíquica, que hasta ahora, en Europa y Estados Unidos, apenas si va saliendo de los dominios del Ocultismo inferior, a que los teósofos de todas las edades dieron el nombre de Magia Negra. El magnetismo y el hipnotismo semicientíficos, que vemos en teatros y exhibiciones públicas, son ni más ni menos que peligrosa Magia Negra, verdadero abismo cuyos menores desfiladeros son la neurosis y la impotencia...

Primero, antes que nada, el estudiante necesita de la moral en la vida y de la teoría en la ciencia. Moralidad privada—que puede traducirse en el hombre ordinario en el amor al bien y al progreso humanos—, vigilancia incesante y metódico estudio, común de estas tres ramas del Espiritualismo moderno. Pero mientras ellas trabajan por revalidar en la conciencia de los hombres el sentido verdadero de la sabiduría antigua, las religiones positivas del presente pugnan por mantenerlo oculto bajo el pesado fárrago de las suntuosas liturgias a que casi han reducido la razón de su existencia. Pedirles a ellas, en esta hora de suprema crisis, una solución que satisfaga al espíritu de los tiempos, equivaldría a exigir de un baldado la titánica hazaña de remover el peñón de Sísifo...

El libre Espiritualismo no pretende, como la Iglesia, imponer una moral dogmática en que la letra lo es todo. Esa moral, a base de un casuismo endeble y tortuoso, es obra humana y pasajera incapaz de ofrecer al hombre una norma permanente de conducta. La ley moral, a que el ocultista, el teósofo y el espíritista ajustan sus acciones, es una simple resultante que la razón y el conocimiento extraen de la sabiduría que aún tenemos que llamar oculta. Esa moral es un producto, una consecuencia subjetiva e individual; y para tener efectividad, debe *hacerse carne de uno mismo*, sobrepasando el significado de la letra. La moral esotérica tiene el carácter de una libre y espontánea elección del espíritu, en contraposición a la otra moral, demasiado tiránica en la forma y demasiado abstrusa en el fondo.

La Humanidad necesita de una ley moral. Le es indispensable. El principio

de organización y disciplina de los pueblos no puede prescindir de ella. que en el individuo tiene una importancia puramente interna, en la colectividad la tiene precisamente externa. El Espiritualismo moderno ofrece al mundo una ley moral. Pero la da en forma adecuada a los tiempos y con el indestructible fundamento de la ciencia. Esa moral, como hemos dicho, es una moral viva: evoluciona y se desarrolla con el hombre. Su fondo es inmutable, como el espíritu; pero sus modalidades son diversas y cambiantes, como la materia.

(De la revista teosófica *Estudio.*)

Los roedores de la Gloria.—Todo escritor mediocre es candidato a criticastro. La incapacidad de crear le empuja a destruir. Su falta de inspiración le induce a rumiar el talento ajeno, empañándolo con especiosidades que denuncian su irreparable inutilidad.

Los grandes ingenios son ecuánimes para criticar a sus iguales, como si reconocieran en ellos una consanguinidad en línea directa; en el émulo no ven nunca un rival. Los grandes críticos son óptimos autores que escriben sobre temas propuestos por otros, como los versificadores con pie forzado; la obra ajena es una ocasión para exhibir las ideas propias. El verdadero crítico enriquece las obras que estudia, y en todo lo que toca deja un rastro de su personalidad.

Los criticastros son, de instinto, enemigos de la obra: desean achicarla por la simple razón de que ellos no la han escrito. Ni sabrían escribirla cuando el criticado les contestara: *Hazla mejor.* Tienen las manos trabadas por la cinta métrica; su afán de medir a los demás responde al deseo de rebajarlos hasta su propia medida. Son, por definición, prestamistas, parásitos; viven de lo ajeno. Cuando un gran escritor es erudito se lo reprochan como una falta de originalidad, y si emplea una frase que usaron otros, le llaman plagiario, olvidando que nunca lo es quien señala las fuentes de su sabiduría.

El criticastro mediocre es incapaz de enhilar tres ideas fuera del hilo que la retina le enhebra; su honda ignorancia le obliga a confundir el mármol con la pizarra y la voz con el falsete, inclinándole a suponer que todo escritor original es un heresiarca. Los intelectos mediocres darían lo que no tienen por saber escribir tanto como baste para afiliarse a la crítica. *Es el sueño de los que no pueden crear.* Permite una maledicencia medrosa y que no compromete, hecha de mendicidad prudente; restringiendo las perversidades para que resulten más agudas; sacando aquí una migaja y dando allí un arañazo; velando todo lo que puede ser objeto de admiración; rebajando siempre, con la oculta esperanza de que pueda aparecer a un mismo nivel los críticos y los criticados. El escritor original sabe que atormenta a los mediocres, aguzándoles ese instinto que los torna heliófibos ante el brillo ajeno; esa desesperación de los fracasados es el laurel que mejor premia su luminosa inquietud. A la gloria de un Homero llega siempre aparejada la ridiculez de un Zoilo.

En cada género de actividad intelectual fermentan estos seculares verdugos de la originalidad: no perdonan al que incuba en su cerebro esa larva sediciosa. Viven para mancillarlo, sueñan su exterminio, conspirando con una intemperancia de terroristas, y esgrimiendo sórdidas armas que harian sonro-

a un paquidermo. Ven un peligro en cada astro y una amenaza en cada esto; tiemblan pensando que existen hombres originales e indisciplinados, capaces de subvertir rutinas y prejuicios; de encender nuevos planetas en el cielo; de arrancar su fuerza a los rayos y a las cataratas; de infiltrar nuevos ideales a las razas envejecidas; de suprimir la distancia; de violar la gravedad; de estremecer a los Gobiernos.

JOSÉ INGENIEROS.